



Salir del infierno: el secreto de María

Liliana Cortés
 Directora social del
 Hogar de Cristo



A un año del megaincendio que se llevó la vida de 137 personas y afectó a 9 mil familias, la reconstrucción de El Olivar, Villa Independencia y Villa La Pradera del campamento Manuel Bustos, por nombrar los sectores afectados más conocidos, sigue siendo un paisaje inexistente.

Como Hogar de Cristo, hemos estado presentes en muchas de estas tragedias naturales o generadas por la acción humana. Sea cual sea la causa, nuestro rol, cuando se desata el caos y la desolación, es atender junto a los vecinos afectados la emergencia. Construir primeras respuestas, que devuelvan la calma y entreguen contención social y psicológica en eventos traumáticos.

Además —y para esto es esta tribuna—, buscamos reflexionar sobre cómo avanzamos hacia un país que sea capaz de responder y sobre todo de disminuir la precariedad: ese infierno del 2F solo nos mostró pobreza y falta de servicios que ya existían antes.

En la peor cara de la moneda están los más afectados: familias que sobrevivían con mucho esfuerzo, con escasez de servicios, arreglándoselas como podían ante un Estado lejano o definitivamente ausente. El dolor, a un año del desastre, no es sólo la reacción natural de haberlo perdido todo. Ese dolor proviene de lo mucho que costó lograrlo. Por eso, la frustración y la rabia no pueden resultarnos “normales” y debemos denunciar la tardanza en la reconstrucción.

Por otro lado, está la cara positiva de la tragedia. A un año del horror, vemos escuelas reconstruidas, calles otra vez pavimentadas, centros de salud amplios y mejorados y una que otra cancha habilitada.

Pero lo que más demora sigue siendo lo que debería ser más urgente: las viviendas. La casa es básica para comenzar a rearmar sus vidas. Lo que no es tan obvio es que, cuando comienzan a entregarse las viviendas de emergencia y las personas empiezan a volver, se inicia

otra reconstrucción clave: la del entramado social. De los vínculos, las amistades, la vecindad, la comunidad.

María Tapia, dirigente vecinal de Villa La Pradera, en el campamento Manuel Bustos, nos sigue enseñando que la perseverancia y la inteligencia colectiva son un tesoro intangible de estos te-

rritorios. Desde hace 30 años, ella, y tantas y tantos otros dirigentes, luchan por la vivienda y la regulación de sus terrenos. Lo mínimo que les debemos como país es diligencia y celeridad para la reconstrucción.

En este primer aniversario del megaincendio honramos la organi-

“En este primer aniversario del megaincendio en Viña del Mar, honramos la organización que se levanta después de la tragedia”.

zación que se levanta después de la tragedia. Como parte de las organizaciones de la sociedad civil que nos activamos ante la emergencia, tomamos los sabios consejos de María Tapia. El Estado que haga lo suyo: acelerar los procesos de reconstrucción para que no se siga perdiendo ese entramado social que tanto nos hace falta y que nos permite salir del infierno, reforestando de esperanza.